

I

Trabajo: Ocupación retribuida.

...Alerta hay un testigo.
Nos han dejado vivos.
Fue un atraco perfecto,
Excepto por esto:
Nos quedan garganta, puño y pies.
No fue un golpe maestro,
Dejaron un rastro.
Ya pueden correr.
Ya vuelve la sed...

La oyó por primera vez en Radio3, en 2013 o 2014, y desde entonces era la música preparatoria para cada operación, y habían sido unas cuantas, no menos de dos docenas de muertos y ningún testigo vivo. Sabía que la canción de Vetusta Morla no tenía, desde luego, el sentido en que él la usaba, más bien el contrario, pero le servía para no olvidar que estaba vivo por una debilidad de los sicarios moldavos que mataron a sus padres. Se apiadaron de esos dos gemelos de tres años que los miraban entre lágrimas.

Acarició la cicatriz sobre su ojo izquierdo.

Recordó cómo lloraba gritando con fuerza, no como su hermano, que lo hacía en silencio. No le hizo falta hablar rumano para entender que *taci din gură* significa cállate. El golpe con la culata de la pistola se lo dejó claro y esa cicatriz se lo seguía recordando.

Veinte años después, mató al mafioso que había ordenado la muerte de sus padres, a su esposa, a su suegra y a dos guardaespaldas.

—Te pagaron por vengarte. Menuda suerte, yo lo hubiera hecho gratis —le dijo Mijaíl, su «agente», recordando aquel trabajo—. Te podías haber divertido haciéndole morir despacio y, sin embargo, lo liquidaste con un tiro en la cabeza sin siquiera decirle quién eras. No te entiendo, Iván.

—¿Cuánto hace que me conoces, Misha? —respondió mientras le clavaba la mirada—. Mato por dinero. No tengo otro motivo y no empleo más tiempo del necesario. No me interesa saber quién es mi objetivo o por qué debe morir, más allá de lo imprescindible para cumplir mi misión. No lo hago por venganza, diversión, lealtad u odio, sólo por dinero. Si quieres rodar una *snuff movie*, hay un montón de sicarios mejicanos que cobran menos que yo.

—A veces pienso que, si te lo pagaran, me matarías a mí.

—Misha, eres mi único contacto con quienes me contratan, se me acabaría el negocio. Te has cuidado mucho de que lo único que sepan es cuánto tienen que pagar a un tal Yuri por matar a su objetivo y a mí me va muy bien así.

—¿Y a un niño?

—No sería el primero ni el segundo.

«Sería el cuarto —pensó Iván—, sin contar el bebé que esperaba Paola cuando sufrió el “accidente”».

—Parece que se despistó o quizá se durmiera, porque un Ferrari tan nuevo es improbable que tenga un problema mecánico, aunque habrá que comprobarlo —le dijo el guardia civil tras comunicarle el fallecimiento y expresar sus condolencias.

—Insistí en acompañarla, porque se cansaba mucho, pero no quiso. Estaba de seis meses. ¡Qué tragedia! —Iván comenzó a llorar de forma lastimera. Siempre pensó que la actuación era una parte importante de su trabajo.

—Disculpe la pregunta: ¿qué hacía por Sierra Bermeja?

—Le gustaba la naturaleza, decía que le daba paz —respondió entre sollozos—. Cuando veníamos a San Pedro solía ir a Jubrique o a Genalguacil. A veces seguía hasta la Sierra de Grazalema o a Ronda. Siempre por carreteras secundarias. Le encantaba conducir.

En realidad, lo más cerca de la naturaleza que le gustaba estar a Paola era cuando tomaba el sol, desnuda, al borde de la piscina de la casa de Iván en San Pedro de Alcántara.

Era la relación más larga que había tenido, casi dos años. Le vino muy bien para cortar los rumores que empezaban a correr por Madrid sobre su homosexualidad y que no eran buenos en el ambiente conservador que rodea su trabajo legal, pero esquivó vivir juntos hasta el día en que Paola le dijo que estaba embarazada. Acostumbrado a reaccionar rápido ante cualquier circunstancia no prevista, la abrazó y besó como haría un futuro padre ilusionado. En ese momento comenzó a diseñar el «accidente» que le devolvería la independencia a la que no estaba dispuesto a renunciar.

Así, aquel primer encuentro en Gabana, que continuó en la cama del piso de Iván en el barrio de Salamanca, desembocó en una petición de mano con anillo de muchos quilates, como par-

te de un plan diseñado para convertirse en la imagen del futuro marido, padre y yerno perfectos, y terminó en el entierro en Madrid, donde volvió a interpretar de forma impecable el papel de hombre roto por la fatalidad.

—¿Y a Andréi? ¿Matarías a Andréi? —dijo Mijaíl devolviendo a Iván al presente.

—Sabes que Andréi murió el año pasado, de viejo, en su casa de Benalmádena —dijo sin variar su expresión—. ¿Para qué me voy a molestar en pensar qué haría si me encargaran matarlo?

A Andréi le encomendaron sus jefes rusos que criara a Iván, separándolo de su hermano Nikolái, del que no volvió a saber nada. Fue él, nostálgico de la era soviética, quien le enseñó todo lo necesario para ser un asesino, un sicario, y quien le dio su nombre profesional, Yuri.

—Por Yuri Andropov, el presidente de la Unión Soviética. Se apellidaba como tú.

—Me lo has dicho cientos de veces, Andréi.

—Eran buenos tiempos, hasta que llegaron la *glasnost*, la *perestroika* y toda esa mierda. Que Dios confunda a Gorbachov —decía mientras se santiguaba a la manera ortodoxa.

A Iván no le habría gustado vivir en la Unión Soviética, pero evitaba discutir con quien había ejercido de padre con él. Prefería, desde luego, los trajes ingleses hechos a medida, los relojes suizos, los deportivos italianos y el champán francés a los lujos que ofrecía el paraíso comunista. Con todo, siempre huyó de hacer ostentación de ello y sólo lucía los frutos de su fortuna en lugares donde no destacaban. Le enseñaron a ser camaleónico y discreto, en especial para trabajar.

Lo que no sabía Mijaíl es que la muerte de Andréi fue facilitada por una sobredosis de insulina. A nadie le extrañó que un